



PLUMA Y LAPIZ

Número 140



MARÍA GUERRERO
EN «LA NIÑA BOBA»
FOT. DE GARCÍA

Echegaray y la Guerrero

EL incomparable dramaturgo ha dedicado en *La Ilustración Artística* á María Guerrero una preciosa semblanza, de la cual entresacamos los siguientes párrafos:

Los grandes actores y las grandes actrices no llegan á serlo si no poseen alguna *cualidad extraordinaria*; alguna *suprema energía* que los eleve sobre la masa común y aún sobre los demás actores de talento.

Es natural María Guerrero, con naturalidad exquisita, en que se revela el buen gusto innato y el buen gusto heredado en materias de arte.

Es actriz de estudio, y en él revela un gran talento y un talento profundo; capaz de comprender los caracteres; de analizar sus ocultos resortes; de distinguir sus rasgos decisivos; de hacer de la creación del autor un ser vivo y palpitante; pero siempre con severidad clásica, sin que la acumulación de pormenores y rasgos secundarios den nota churrigüesca á la creación artística.

Y es, al mismo tiempo, actriz de altísima y suprema inspiración; que deja desbordarse á la pasión cuando le llega su hora; que sabe gritar, pero con gritos musicales, que por algo le dotó la Naturaleza de singular talento musical, intransigente con toda desafinación. Sabe, en suma, recorrer toda la gama de los grandes movimientos pasionales, desde las notas graves hasta las notas más agudas y desesperadas.

Y en comprobación de todo esto, valga, no sólo mi palabra, que para decir la verdad siempre es leal y nunca adúladora, sino esa larga serie de obras dramáticas, que han sido para nuestra gran actriz una serie no interrumpida de triunfos.

Dígalo aquel papel de Mariquita en *El Café*, de Moratín, en que es imposible llegar á mayor per-

fección de ingenuidad, de sencillez, de lágrimas verdaderas; y cuenta que entonces empezaba su carrera artística.

Díganlo, en el *Don Juan Tenorio*, la lectura de la carta; la escena del sofá—según se llama en términos de teatro,—escena en que, por primera vez, se reveló en el público como gran actriz dramática, provocando una de las mayores ovaciones que he

presenciado; y aquellas frases que dice doña Inés desde la tumba, con pureza de acento tan prodigiosa y con tanta inconcebible verdad dentro de lo fantástico, que no parece sino que está uno viendo cómo el marmol se anima y empiezan á surcar venas azules su fría y cristalina superficie, cual si la vida se fuera filtrando en él poco á poco, con hilillos de sangre apasionada.

¡Dígalo la creación de Mariana en el drama de este nombre, que ha

sido uno de sus mayores triunfos por las enormes dificultades que ha sabido vencer.

Díganlo, en suma, porque la lista sería interminable, los triunfos que ha conseguido en los dramas de nuestros primeros autores; de Sellés, de Galdós, de Cano, de Enrique Gaspar, de Guimerá, de Feliu y de tantos otros.

¡Cuántos caracteres! ¡Cuántos personajes! ¡Cuántas pasiones distintas! ¡Cuántas esferas diversas de la vida social! ¡Y cuántas veces ha convertido la escena de más peligro en la escena del mayor triunfo!

Si fuera á analizar la labor artística que ha realizado la gran actriz en el espacio de ocho años, este artículo podría convertirse fácilmente en un libro, y puesto que no ha de pasar de *una semblanza*, aquí pongo punto con la pluma ya que no con el deseo.

JOSÉ ECHEGARAY



EN «LA NIÑA BOBA»

Díaz de Mendoza y Blasco

EN la misma importante publicación, el insigne Eusebio Blasco, de inolvidable memoria, consagró á Díaz de Mendoza otra semblanza, que entre otras cosas decía:

Desde que murió don Julián Romea, que era un caballero completo dedicado desde sus juventudes á la escena, no habíamos visto á un noble de raza dejar el mundo de la aristocracia por el de los bastidores, y pasar de los salones al tablado y de los palacios á la rampa.

Don Fernando Díaz de Mendoza es hijo del conde de Balazote, conde de Lalaing, marqués de Fontanar, grande de España de primera clase. A la muerte de su padre, que largos años viva, heredará estos títulos, y la grandeza con ellos, el joven actor que hoy aplaudimos todos. Y entonces se verá el caso de un grande artista ó artista grande, primo del rey, según la fórmula tradicional, y actor insigne, porque actor insigne puede llamarse ya, después de la rápida y brillante carrera que ha hecho. ¿Cómo se despertaron en él



EN «LA CALLE DE LA MONTERA»



EN «MARCELA Ó ¿CUÁL DE LOS TRES?»



EN «LA DOLORES»

aficiones y vocaciones tan opuestas al ambiente que respiraba y al mundo en que vivía?

Se nace artista antes que noble. Nacer noble no es mérito, es herencia forzosa. Se puede nacer noble y no tener talento ni servir para nada. Dios da inteligencia superior á quien quiere, y de un porquero sale un Santo Padre y de una familia de burgueses insignificantes un Lope

de Vega. Apenas llegado al mundo, ya era futuro conde y marqués el artista de quien hoy me ocupo. Lo que nadie pudo presumir fué que este futuro grande de España no quedaría relegado al grupo de aristócratas que consta en la *Guía*, sino que su generación había de aplaudirle y saludarle como futuro actor destinado á conmover al pueblo y á comunicar con su gran talento la emoción de las grandes obras á millares de espectadores. Esta es nobleza de otro género, pero tan respetable como la heredada y la única que conoce la democracia moderna.

Casado muy joven con la señorita doña Ventura Serrano, hija de los duques de la Torre, el artista de hoy, rico y desocupado de ayer, divertíase en hacer papeles de aficionado en aquel *Teatro Ventura* que la duquesa su suegra hizo levantar en su hotel de la calle de Serrano.

Tan bien los hacía, que alguien dijo: «Sería un buen actor si se dedicase al teatro». Pero nadie creyó que aquella observación tu-



LOS SEÑORES ECHEGARAY Y BALART DISPONIENDO LA ESCENA



EN «MARÍA DEL CARMEN»

viera algo de profecía. ¿Qué tiene de extraño que en intimidad constante con una artista joven, hermosa, de grandísimo talento como María Guerrero, los continuos amores fingidos de la escena se convirtieran en verdadero y profundo amor á la compañera de glorias? Artistas los dos y entusiastas, dotados ambos de talento extraordinario para la escena, bien puede decirse que han nacido el uno para el otro.

Hoy son los representantes gloriosos del teatro nacional. Mañana, cuando sean grandes de España y á la vez artistas tan notables, probarán el progreso de los tiempos, y España verá con satisfacción á la nobleza rindiendo culto á las artes en la persona de Fernando y al arte conquistando la nobleza en la persona de María.

EUSEBIO BLASCO



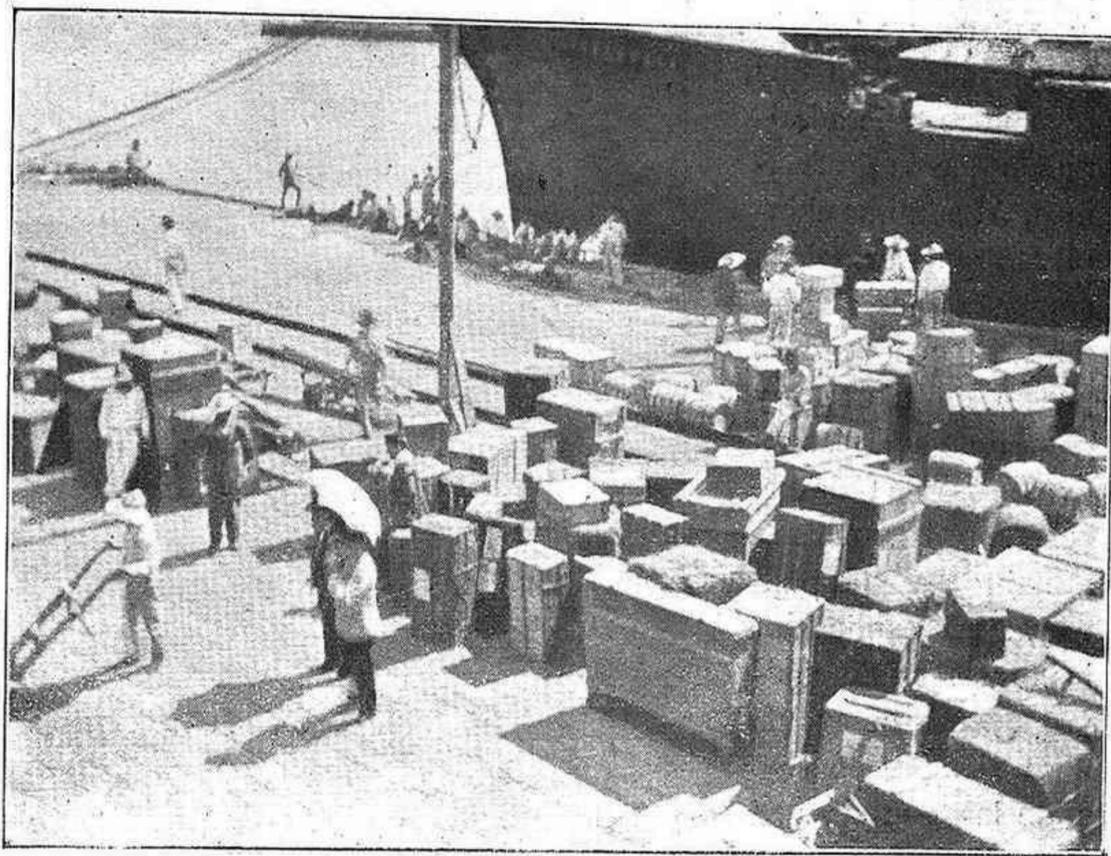
EN «LA GALLEGA MARI-HERNÁNDEZ»

LA COMPAÑIA GUERRERO-MENDOZA

en el Eldorado de Barcelona

MARÍA Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza tienen el privilegio, concedido sólo á las grandes personalidades y á las grandes empresas, sean ó no teatrales, de causar esa admiración en el público, esa atracción invencible, ese movimiento unánime de admiración y asombro que dista mucho de la curiosidad natural que en todo público produce lo nuevo ó lo recién llegado. Por eso, cuando la compañía del teatro Español anuncia una *tournee* por España, América ó el extranjero, el hecho reviste excepcional interés y se considera como un acontecimiento digno de perpetuarse en los anales de cada una de las poblaciones que visita.

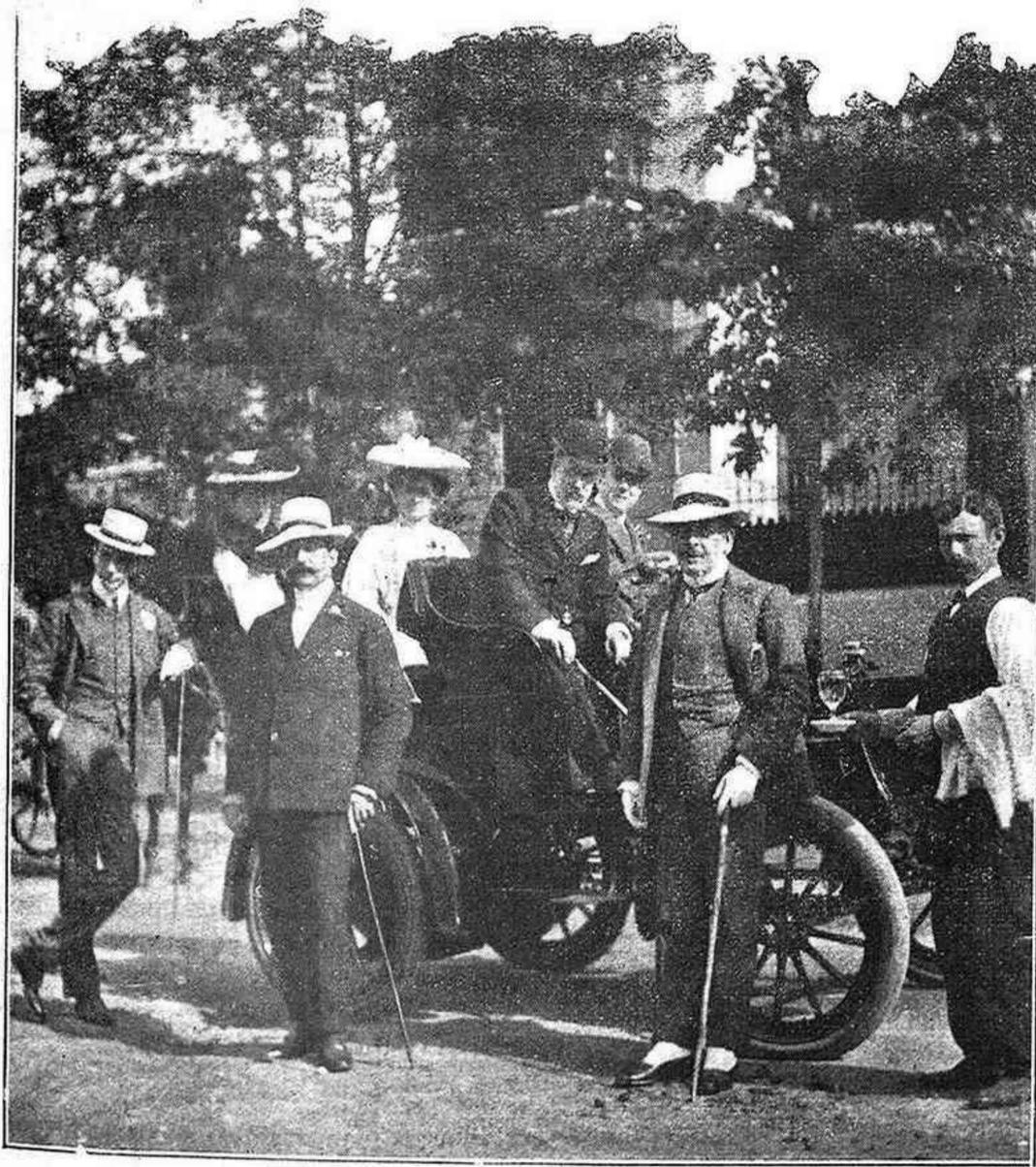
Y es que Fernando Díaz de Mendoza y María, más que unos cómicos notables ó unos empresarios con fortuna, son unos propagandistas incansables del arte y popularizadores de lo bueno y lo bello que se constituye. En la temporada



PARTE DEL EQUIPAJE DE LA COMPAÑIA GUERRERO-MENDOZA

que están realizando actualmente, con éxito brillante, en nuestro teatro Eldorado, hubiéramos podido convencernos, de no estarlo previamente, de que la asistencia á él proporciona algunas más ventajas que la distracción pasajera del momento, y que la exquisita propiedad en la presentación escénica, la riqueza en los trajes, la minuciosidad artística é histórica de cada uno de los detalles, constituyen alicientes que tanto recrean la vista como satisfacen el espíritu, avalorando las obras de modo plausible y realizando el ideal de que el teatro debe y puede ser escuela de costumbres, maestra de historia, resurrección acabada del pasado y reproducción exacta del presente.

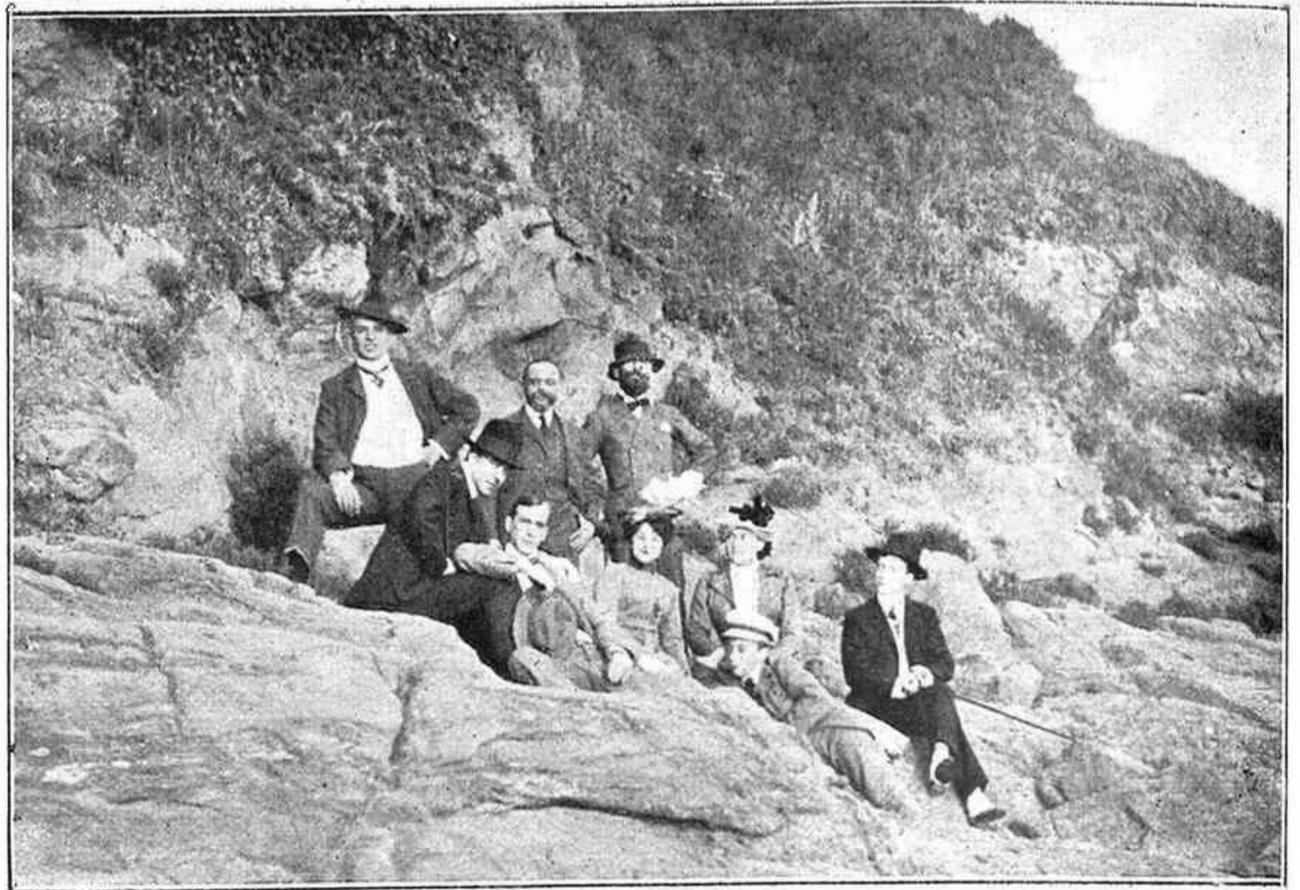
Con María Guerrero y su esposo, el teatro es todo esto, y el público, comprendiéndolo así, ha suscrito un abono formidable y asiste diariamente á presenciar la labor de ellos, verdaderamente improba teniéndose en cuenta de que el cartel se varía con asidui-



MARÍA GUERRERO Y DÍAZ DE MENDOZA, EL DUQUE DE TAMAMES, MEDRANO Y OTROS AMIGOS DE AQUÉLLOS, EN SU AUTOMÓVIL

dad que, si por un lado satisface el afán de novedades del público, por otro proporciona á los artistas un trabajo extraordinario que bien merece la admiración que le profesamos. Al admirar el inmenso repertorio de la compañía; los alardes de lujo con que es puesto en escena y comprendiendo las dificultades que todo ello representa, nuestro asombro sube de punto y... nos explicamos las toneladas de equipajes que la compañía lleva siempre consigo y de las que da una idea, una de las fotografías de la página anterior.

Siempre vive con grandeza, quien hecho á grandeza está, podrá decir en este caso, con el protagonista de la obra de Zorrilla, Fernando Díaz de Mendoza,



UN DÍA DE CAMPO EN ASTURIAS

quien tendrá al cabo de la jornada la satisfacción de haber ido sembrando por el mundo la semilla del arte español, único resto de nuestras pasadas glorias y nuestras rotas tradiciones.

ESCENA VII

ACTO PRIMERO DE
LA DAMA BOBA

CLARA.

Escucha un momento.
Salía por donde suele
el sol, muy galán y rico,
con la librea del rey,
colorado y amarillo;
andaban los carretones
quitándole el romadizo
que da la noche á Madrid...
aunque no sé quién me dijo
que era la calle Mayor
el soldado más antiguo,
pues nunca el mayor de Flandes
presentó tantos servicios.
Dormían las rentas grandes,
despertaban los oficios,
tocaban los boticarios
sus almireces de pino,
cuando la gata de casa
comenzó con mil suspiros
á decir: «¡Ay, ay, ay, ay,
que quiero parir, marido!»
Levantóse Hociquimocho,
y fué corriendo á decirlo
á sus parientes y deudos,
que deben de ser moriscos;
porque el lenguaje que hablan,
en tiple de monacillos,
si no es jerigonza entre ellos,
ni es español ni latino.
Vino una gata viuda,
larga y compuesta de hocico
(sospecho que era su abuela),
de negro y blanco vestido.
Trújole cierta manteca,
desayunóse y previno



EN UN SAINETE DE ESCALANTE

en qué recibir el parto;
hubo temerarios gritos.
No es burla: parió seis gatos,
tan remendados y lindos,
que pudieran, á ser pías,
tirar del coche más rico.
Regocijados bajaron
de los tejados vecinos,
caballetes y terrados,
todos sus deudos y amigos:
Lamicol, Aramizaldo,
Marfuz, Marramao, Miscito,
Tumbahollín con Piel de zorra,
Rabicorto, Zapaquildo;
unos vestidos de blanco,
y otros de negro vestidos,
y otros con ropas de martas,
en cueros y zapatillos.
De negro vino á la fiesta
el gallardo Golosino,
luto que mostraba entonces
de su padre el gaticidio.
Cuál la morcilla presenta,
cuál el pez, cuál el cabrito,
cuál el gorrión astuto,
cuál el simple palomino.
Trazando quedan agora,
para mayor regocijo,
en su gatesco senado,
correr cañas cinco á cinco
ven presto; que si los ves,
dirás que parecen niños,
y darás á la parida
el parabién de los hijos.

FINEA.

No me pudieras contar
cosa para el gusto mío
de mayor contentamiento.

CLARA.

Camina.

FINEA.

Tras ti camino.



Porque dicen que es elegante.



Porque soy inglesa.



Porque debo usarlos.



Para verlo todo.

Acontecimiento literario

LA prensa nacional y extranjera dedica en estos momentos atención encomiasta y preferente á la célebre obra del duque de los Abruzos *La «Estrella Polar» en el mar Artico*, con motivo de haberse terminado su publicación en castellano antes que en los demás países en que ha de ver la luz, lo cual honra no poco la actividad—tantas veces puesta en duda—de los españoles.

Sólo repasando los dos abultados tomos de que la obra consta, puede hacerse uno cargo del esfuerzo que denota en la casa Maucci la edición de la ya célebre obra del hijo del inolvidable rey de España don Amadeo. Las 250 primorosas ilustraciones que lleva en sus satinadas páginas, los hermosos panora-



ramas que la enriquecen, los mapas que la avaloran y el plano de las regiones exploradas por el egregio autor y sus valientes acompañantes A. Cagni y A. Cavalli Molinelli, no han sido obstáculo para que esta obra haya llegado en Barcelona á término feliz cuando en los demás países está en sus comienzos.

De acontecimiento literario y científico ha sido calificada la aparición de esta obra por los críticos y hombres de estudio más eminentes, y los lazos que unen á PLUMA Y LÁPIZ con el infatigable editor de la obra más amena, completa é interesante de cuantas acerca de las misteriosas regiones polares se han publicado hasta la fecha, no han de ser obstáculos, para que, guiados de una falsa modestia, no consagremos á esta publicación, digna de su autor, el aplauso que merece, y no nos hagamos eco de tan agradables y lisonjeros pareceres que, por ser generales y desinteresados, tienen un valor indiscutible.

El señor Maucci, además, poniendo en práctica el refrán de «á tal señor, tal honor», ha presentado la obra con un lujo y pulcritud extremada que acreditan sus talleres.



NOCHE DE VERBENA,
POR E. CASANOVAS



MUJERES ILUSTRES

La Condesa de Castellá

EN el núcleo de mujeres que se dedican al cultivo de las letras, sucede exactamente lo mismo que entre el ejército de hombres que tienen análoga aspiración: es decir, que son muchos los llamados, pero pocos los escogidos.

Entre los afortunados que han conseguido serlo, figura la Condesa de Castellá, una de las damas más elegantes é instruidas de la sociedad contemporánea, cuyos trabajos literarios podrían hacer la reputación de bastantes de esos que no consiguen pasar de la clasificación de medianías que por derecho les corresponde. La Condesa de Castellá, poseedora de un renombre literario adquirido en poco tiempo, puede poner entre los cuarteles de su escudo nobiliario, como mote, la célebre frase: *Veni, vidi, vici*, de César. Efectivamente, no tuvo que hacer otra cosa que inaugurar en nuestro colega *El Liberal* su célebre sección *Manos blancas*, para que desde luego se la diese el cartel que á otras escritoras las cuesta mucho tiempo y mucha labor para conseguirlo... y después se quedan sin él. Y es que la Condesa de Castellá demostró una educación literaria tan sólida, una cantidad tal de conocimientos tan diversos y un estilo tan gracioso y correcto para exponerlos en forma de cuentos, revistas, crónicas y críticas, que hasta los más sospechosos de galantería y los más exigentes á todo cuanto sea admitir una revelación inesperada,

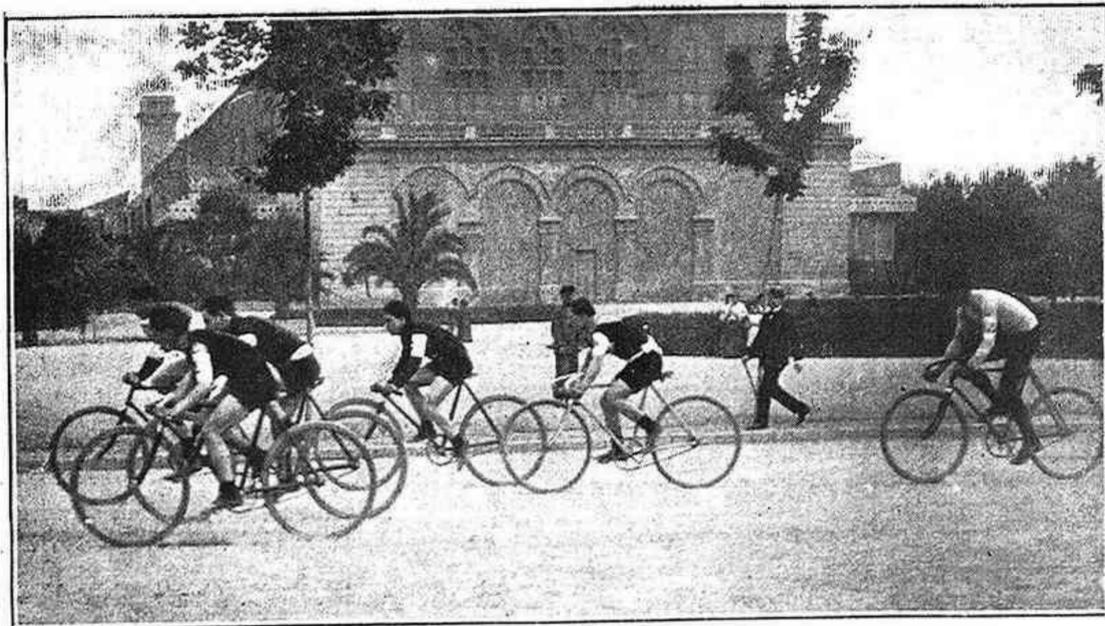
no tuvieron más remedio que exclamar, recordando la frase que se escribió aludiendo á otra ilustre dama:

—¡Es mucho hombre esta mujer!...—

La Condesa de Castellá tiene, sin embargo, un defecto, y perdóneme esta sobra de confianza y falta de consideración: es perezosa para el trabajo, y los que saboreamos y paladeamos sus producciones literarias, veríamos con gusto que las prodigase un poco más, aun cuando no fuera más que para hacer rabiar un poco á los enemigos de que la mujer entre en el concierto de los intelectuales.

Por envidia un poco y por temor de quedar obscurecidos un mucho.—O. y G.

FESTEJOS EN BARCELONA



CARRERAS DE BICICLETAS EN EL PARQUE

La Roquecita

Novelita corta por Guy de Maupassant

(Conclusión)

La luz le inundaba, le envolvía, le penetraba como una esperanza. Mil recuerdos le asaltaban, recuerdos de mañanas semejantes, de correrías por aquel paraje cuyo suelo resonaba bajo sus pasos, de cacerías felices á orillas de los estanques en que duermen los patos salvajes. Todas las cosas buenas que á él le gustaban, las cosas buenas de la vida, acudían á su memoria, le agujoneaban con nuevos deseos y despertaban todos los apetitos vigorosos de su cuerpo ágil y fornido.

¿Y había de morir? ¿Por qué? ¿Iba á matarse por temor á una prueba, por temor á nada? El era rico y joven aún... ¡Qué locura! Le bastaría una distracción, una ausencia, un viaje, para olvidarlo todo. Aquella misma noche no había visto ya á la muerta, porque su pensamiento estaba preocupado y distraído. ¿Quién sabe si volvería á verla más? Y si en aquella casa seguía presentándosele, seguramente que en otra no le ocurriría lo mismo. El mundo era grande y el porvenir inmenso. ¿Por qué morir?

Sus ojos, que erraban por las praderas, percibieron un punto azul en el

sendero que conducía á lo largo del Brindille. Era Mederico, que iba á repartir las cartas de la villa y á recoger las de la aldea.

Renordet se sintió sobrecogido, experimentó una sensación dolorosa y corrió hacia la escalera para recobrar su carta, para reclamársela al cartero. Poco le importaba que le viesen. Corría sobre la hierba humedecida por el ligero rocío de la noche, y llegó al buzón al mismo tiempo que el cartero.

Este abría en aquel momento el cepillo de las cartas y recogía la poca correspondencia depositada por los habitantes del país.

—Buenos días, Mederico —le dijo Renordet.

—Buenos días, señor alcalde.

—Oiga usted, Mederico, he echado en el buzón una carta que necesitaría recoger y vengo á rogarle que me la devuelva.

—Está bien, señor alcalde, se le devolverá.—

Diciendo esto, el cartero levantó los ojos y quedó estupefacto al ver la cara de Renordet, que tenía las mejillas encendidas, la mirada extraviada, los ojos hundidos, los cabellos en desorden, las barbas revueltas y la corbata deshecha. Al verle, parecía indudable que no se había acostado.

—Señor alcalde, ¿está usted enfermo?—le preguntó el cartero.

Renordet, comprendiendo que su aspecto debía ser extraño, perdió la serenidad y balbuceó:

—No... no... es que... he saltado de la cama para pedirle esa carta... Estaba durmiendo, ¿comprende usted?—

Una vaga sospecha cruzó por el alma del veterano, el cual repuso:

—¿Qué carta?

—La que va usted á devolverme.—

En aquel momento Mederico dudaba, pues la actitud del alcalde no le parecía natural. Tal vez aquella carta encerraba algún secreto político; él sabía que Renordet no era republicano; por otra parte, conocía todas las mañas y ardides que se emplean en las elecciones.

—¿A quién va dirigida?—preguntó Mederico.

—Al señor Putoin, juez de instrucción, á mi amigo el señor Putoin.—

El cartero buscó entre los papeles y habiendo encontrado la carta que le reclamaban, empezó á darla vueltas muy perplejo y muy turbado ante el temor de cometer una falta grave ó de enemistarse con el alcalde.

Viendo sus dudas, Renordet hizo un movimiento para coger la carta y arrancársela, y este brusco ademán convenció á Mederico de que se trataba de un misterio importante y se decidió á cumplir con su deber costase lo que costase.

Metió, pues, la carta en su cartera, y al mismo tiempo que la cerraba, respondió:

—No puedo, señor alcalde. Yendo dirigida á la justicia, no puedo.—

Una espantosa angustia oprimió el corazón de Renordet, el cual balbuceó:



—Pero, hombre, ¿no me conoce usted? Si quiere puede comprobar que es letra mía. Le digo á usted que necesito esa carta.

—No puedo.

—Mederico, ya sabe usted que soy incapaz de engañarle, y cuando le digo que la necesito...

—No, no puedo.—

Un arrebatado de cólera invadió de pronto el alma violenta de Renordet, el cual exclamó:

—¡Por vida del... Tenga usted cuidado, pues ya sabe que conmigo no se juega y que puedo dejarle cesante antes de media hora. Después de todo, soy el alcalde del pueblo y le ordeno que me devuelva ese papel.

—No, no puedo, señor alcalde— le respondió el peatón con firmeza.

Entonces Renordet, perdiendo la calma, lo cogió por el brazo para quitarle la cartera; pero Mederico se desembarazó de una sacudida y echándose hacia atrás y levantando su garrote de acebo, exclamó con la mayor tranquilidad:

—Señor alcalde, no me toque, ó me verá obligado á defenderme. Mucho cuidado. Yo cumplo con mi deber.—

Viéndose perdido, Renordet cambió bruscamente de actitud y se tornó humilde y afectuoso, implorando como un niño que llora.

—Pero, amigo Mederico, por Dios, devuélvame usted esa carta, que yo le recompensaré. Le daré dinero, le daré cien francos, cien francos, ¿oye?—

El peatón volvió la espalda y echó á andar.

Renordet le siguió jadeante, balbuceando:

—Mederico, Mederico, escúcheme, le daré mil francos, ¿oye usted? mil francos.—

El cartero seguía su camino sin responder.

—Haré su fortuna—repuso Renordet.—¿Oye us-

ted? Lo que usted quiera... cincuenta mil francos... cincuenta mil francos por esa carta... Pero, hombre, ¿qué le importa á usted darla? Bueno, cien mil... cien mil francos, ¿me comprende?... cien mil francos...—

El cartero se volvió, y con faz dura y severa mirada, exclamó:

—No siga usted, ó de lo contrario daré parte de lo que acaba usted de decirme.—

Entonces Renordet se detuvo. Todo había acabado, ya no había esperanza, y revolviéndose, corrió hacia su casa como fiera perseguida.

Entonces se detuvo Mederico á su vez, y miró con estupefacción á aquel hombre que de tal modo huía. Vió que el alcalde subía á su casa y esperó algunos instantes, como si estuviese seguro de que algo sorprendente debía suceder.

En efecto, á poco la gigantesca figura de Renordet apareció en lo alto de la torre del Renard. El alcalde corría como un loco por la plataforma, llegó hasta el asta de la bandera, la sacudió con furia, sin lograr romperla, y luego, de pronto, semejante á un nadador que se chapuza, se lanzó al aire con ambas manos hacia adelante.

Mederico corrió para auxiliarle, y como al atravesar el parque viese á los leñadores que acudían al trabajo, les llamó á gritos dándoles cuenta del accidente. Al llegar todos al lugar del suceso, encontraron al pie de los muros un cuerpo ensangrentado cuya cabeza se había destrozado contra una roca. El Brindille rodeaba esta roca, y sobre sus aguas ensanchadas en aquel lugar claras y tranquilas, se veía deslizarse un largo hilo róseo de sesos y de sangre.

(Ilustraciones de Pujol Hermann.)

La albahaca

Albähaca menudita,
linda y graciosa albähaca,
del búcaro compañera
y adorno de la ventana;
ya tus verbenas pasaron,
llenas de juegos y danzas,
con sus bordados mantones
y sus luces de bengala.
Ya pasaron tus verbenas
con sus cohetes de lágrimas,
sus corruscantes buñuelos
y sus macetas galanas.
Separada del bullicio
de las alegres veladas,
si sueñas, ¡serán tus sueños
los sueños de la nostalgia!
Ya junta al puesto florido
no ves la española gracia
de andares, rostros y cuerpos
pasar en ola bizarra.
Ya de la chulesca polka
no ves las vueltas pausadas
en el salón callejero
hecho con arcos de ramas.
Pasó tu reinado alegre
cual todo reinado pasa,
y angustiada, tu rocío
lloras cuando viene el alba.
¿Qué te importa ya que el búcaro
te dé en la reja compañía,
si antes sudaba sus perlas

y ahora de frío las cuaja?
El fuego forma tu vida,
y cobra fuerza tu savia
entre las siestas de oro
y las noches abrasadas.
Están tus hojas pidiendo
sopor de atmósfera cálida,
cadencias de mecedora
y perezas de guitarra.
Pero el otoño te acecha
lejos moviendo sus alas,
y sus avisos te envía
en el soplo de sus ráfagas.
Pronto verás los ramajes
tender su seca hojarasca,
y en remolinos crujientes
bailar su danza macabra.
Pronto verás de los cielos
la mutación angustiada,
y trocar oro y carmines
por tintas grises y pálidas.
Tú también ante la muerte
exhalarás tu plegaria,
é irás con el remolino
á bailar tu última danza...

Albähaca menudita,
linda y graciosa albähaca,
¿dónde fueron tus verbenas?
¿qué se hicieron tus veladas?

SALVADOR RUEDA

El trébol de cuatro hojas

Si llega á nacer quince siglos antes le canonizan. Era bueno como el pan, crédulo, generoso y testarudo; cuanto se necesitaba en mejores tiempos para ser santo. Pero el pobre Juan nació á mediados del siglo pasado y no la dió por el misticismo.

Cuando era muy niño oyó contar la antiquísima leyenda árabe del *Trébol de cuatro hojas*, y sin haber leído por el forro á Laboulaye, dió en la misma manía que Abd-Allah: quiso poseer el ramo fabuloso que no puede obtenerse ni en la verde Irlanda, la tierra clásica del trébol. Dijéronle que haciendo prodigios de bondad y padeciendo trabajos inauditos conseguiría obtener las cuatro hojas.

Aun cuando era Juan la mansedumbre personificada y le repugnaba zurrar la badana á los compañeros, tenía un geniecillo de todos los diantres cuando se le subía la mosca á las narices. A fuer de robusto era paciente; pero, de vez en cuando no le era dable contenerse y vapuleaba á sus compañeros.

Desde que se propuso adquirir las misteriosas hojas, no sentó la mano á nadie, no dió una mala contestación, no mintió ni una sola vez. En vano le buscaban camorra y le daban vaya. Aplicado, puntual, inteligente, sus profesores le citaban por modelo á otros mocosuelos de su edad. Estos, al verle tan manso, le tomaron por borrego y cometieron las mil tropelías con él. Aguantaba Juan las bromas, soportaba los golpes si era preciso, disimulaba todas las faltas y devolvía favores por injurias. Y como puede creerse, dada la ingénita nobleza humana, bromas, injurias y golpes menudeaban cada vez más. Un día, dos pillastres que acabaron mal andando el tiempo, pues uno murió siendo diputado y otro jefe superior de administración, pegaron bárbaramente, en presencia de Juan, á un chiquitín que sólo contestaba con lamentos á los golpes de sus verdugos.

¿Qué le dió al émulo de Abd-Allah? Ello es que enarbolando los robustos puños á guisa de formidables mazas los dejó caer con brío sobre los rostros y costillas de los malandrines, que en un santiamén quedaron molidos y apabullados, y huyeron avergonzados del lugar de la refriega. No menos mohino que sus adversarios quedó Juan. ¡Qué atrocidad! ¡Qué locura! ¡Adiós hoja y trébol é ilusiones! Mirando las gotas de sangre que manaron de las chafadas narices de sus enemigos estaba, cuando de pronto vió relucir algo en el suelo. Se bajó y le dió un vuelco el corazón: lo que brillaba era una hoja de trébol de cobre. La guardó como una reliquia; pero sin comprender lo que sólo supo en el instante de su muerte, cuando ya no le aprovechaba la tal sabiduría: que la bondad es activa.

*
**

Pasaron años. Juan era ya mozo y mozo de provecho. A pesar de todas sus buenas cualidades, de haberse llenado la cabeza de una porción de majaderías, de ser caritativo, dócil, trabajador, aplicado, no encontraba ni por asomo la segunda hoja, que cada vez buscaba con más empeño. Hubo una epidemia en la ciudad que habitaba y se portó como un héroe. Repartió su fortuna, que era cuantiosa, entre los hambrientos, pasó hambre y frío, vió como otorgaban los hombres al favor lo que debían al mérito, le engañaron mujeres á las que quería con toda su alma, conoció la desesperación del hombre

fuerte y talentado que no encuentra un amigo ni un plato de judías; pero la hoja misteriosa no parecía por ninguna parte.

¿Cómo se le ocurrió tal vileza? ¿A qué extremo de descorazonamiento había llegado para olvidar de tal modo su dignidad? Juan mintió, mintió como un bellaco á un hombre rico, mintió abominablemente para pescar un empleo; prometió cometer mil canalladas, olvidar virtud y honradez, convertirse en un testafarro sin entrañas. Y prometió todo esto mintiendo á conciencia, sintiendo repugnancia por el ser que le proponía tan vil contrato. Y obtuvo el empleo. Y cuando llegó á la calle, avergonzado de su acción villana, vió algo que centelleaba en el portal del rico engañado: era la hoja de plata del trébol fabuloso. Juan comprendió que debemos engañar á quien nos engaña, vender á quien trata de comprarnos.

*
**

Juan está ya en plena edad viril. Mucho ha padecido, beneficios infinitos ha dispensado; todas las saetas del dolor se han clavado en su alma. Lo que más le duele es no comprender, á pesar de su inteligencia clara y poderosa, dónde reside la bondad, cuál debe ser la norma de la vida. ¡Cuántas noches ha pasado meditando para resolver el incógnito problemal! ¡Cuánta amargura ha tenido al advertir que probablemente morirá sin haber podido decir á los hombres la palabra que puede redimirlos! ¿Hay que luchar contra el mal ó es preciso soportarlo? La hoja de oro no fulguraba en parte alguna.

Estaba una tarde á orillas de un río caudaloso y de rápida corriente. De pronto resuena un alarido, un cuerpo humano se hunde en las aguas, reaparece, bracea. ¿Fue miedo? Juan no lo sintió nunca. ¿Fue maldad? Juan no la conoce. Pensó el infeliz, pensó, mientras el hombre se ahogaba. Pensó si sería preferible que muriera; pensó si tenía ó no derecho á salvarle. Y en tanto que pensaba se ahogó el hombre. Cuando lo irremediable estaba ya cumplido, Juan se alejó lentamente de la orilla. El último rayo de sol hirió su frente pecadora é hizo resplandecer á dos pasos de él un objeto metálico. Era la hoja de oro del maravilloso trébol. Juan comprendió que la bondad suprema estriba en dejar que se cumpla el destino de las criaturas.

*
**

La vejez ha blanqueado la cabeza de Juan. Es pobre y cumple la dura ley de los pobres: trabaja. Su cuerpo, que fuera robusto, no puede ya con la fatiga física. Sólo la llama de su inteligencia no se ha apagado. Desde diez años atrás ejerce de escritor y ha dado buenos consejos á los hombres.

Ahora escribe, escribe un artículo de esos que llaman literarios, porque son pura palabrería, para una revista estúpida, papaverácea. Escribe aquella sandez para pagar al casero. Escribe sin ganas, asqueado de sí mismo y de los demás. Escribe sin pensar, piensa sin sentir. Pone la firma.

¿Es una ilusión de sus cansados ojos? No. Sobre la cuartilla ha caído algo así como una estrella diminuta. Es la hoja de diamantes del trébol oriental. Y Juan advierte que la pena más inaudita es escribir por cuenta ajena, sin provecho para nadie.

A. RIERA

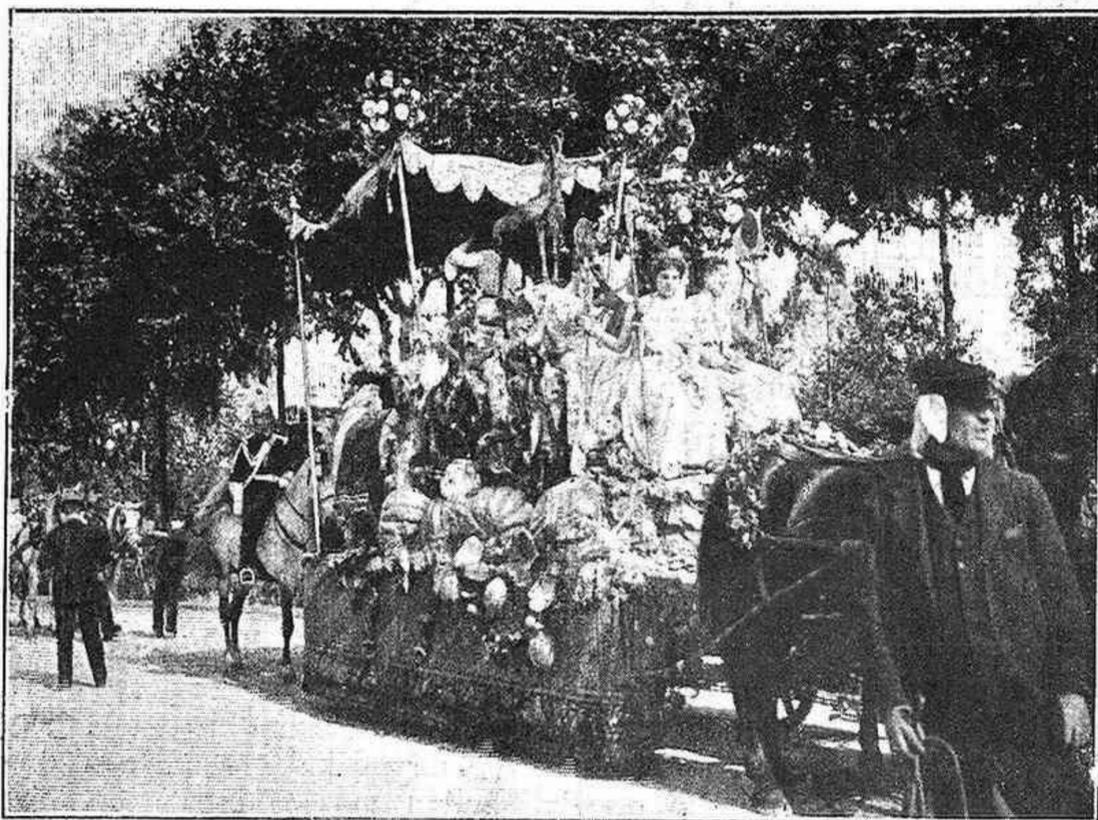
FESTEJOS EN BARCELONA

No respondió el éxito de los festejos preparados por la sociedad Festival Barcelonés al loable propósito que ésta se llevó sin duda al idearlos y disponerlos con mejor buena fe que resultados prácticos. Todos los números de que se componía el programa han resultado deslucidos, ó por lo menos sin ese relieve que es necesario dar á los sucesos de esta índole cuando se organizan, no para un pueblo pequeño, sino para una capital como Barcelona.

Claro que en este semi-fracaso ha entrado por mucho el mal de origen de que adolecen todos los espectáculos públicos que



CONCURSO DE AUTOMÓVILES ADORNADOS, SEGUNDO PREMIO



LA FIESTA DE LOS MERCADOS, CARROZA QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO

caras hermosas y sus *toilettes* elegantes las señoras y señoritas de la mejor sociedad. Las verdaderas flores de la fiesta, fueron ellas.

El concurso de borricos hubiera sido un número de gran atracción en Villabrutanda de Abajo ó Villaroque de Arriba, pero indigno de Barcelona, donde en cuestión de borricos ya sabemos á qué atenernos.

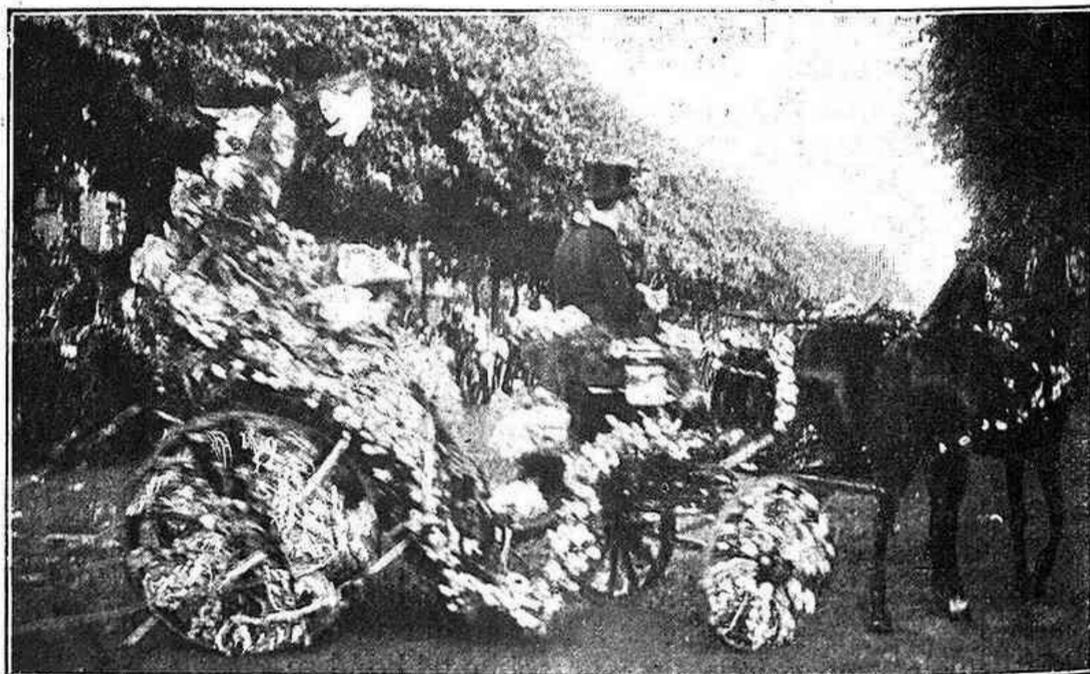
Las carreras de bicicletas carecieron de novedad.

El concurso de automóviles

han de celebrarse en una población donde todos los días los hay sin anunciarlos, pero por esto mismo se debería haber pensado antes si estábamos para fiestas ó si ya no teníamos demasiadas.

Como preparación para otras de años sucesivos, no han estado mal y han venido á demostrar que el público acude siempre donde le llaman, animando con su presencia aun los espectáculos más vulgares y con menos alicientes servidos.

La batalla de flores, con que se inauguró la serie de fiestas, no pasó de ser un simulacro, en el que no obstante lucieron sus



BATALLA DE FLORES EN EL PASEO DE GRACIA

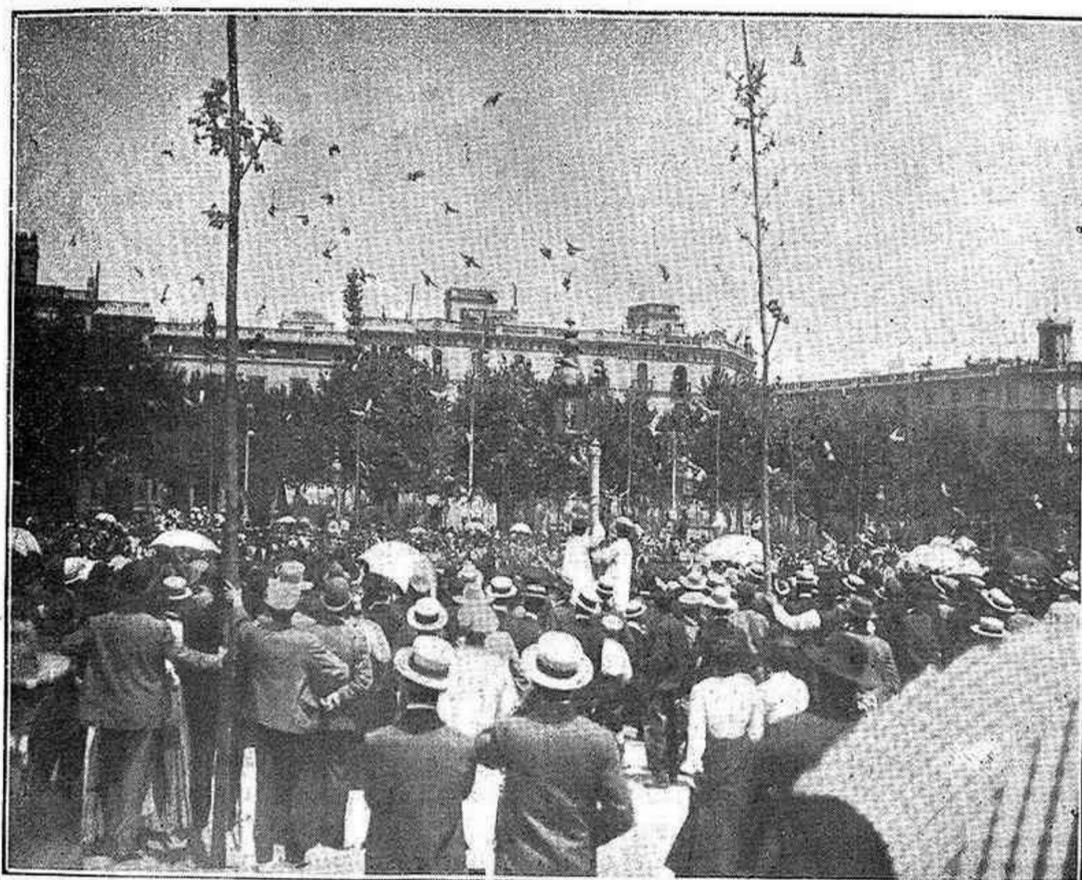
adornados hubiera podido ser un gran número, pero ¡la pícara organización! .. Hubo algunos lindísimos como puede verse por las fotografías adjuntas, obra del reputado *amateur* señor Ramos y Cobos.

Contra lo que se esperaba, la nota culminante de los festejos pasados, la dió la cabalgata dispuesta por los mercados.

Desde muchos días atrás, en aquellos centros reinaba animación desusada, disponiendo los detalles, tanto de la ornamentación de cada uno de ellos, como de las carrozas que habían de tomar parte en la cabalgata.



CONCURSO DE BORRICOS



SUELTA DE PALOMAS MENSAJERAS EN LA PLAZA DE CATALUÑA

Y efectivamente: cada mercado apareció engalanado con mucha esplendidez y lujo, y las carrozas dispuestas de modo inesperado por lo lujoso y artístico de su presentación.

Obtuvo el primer premio la del mercado de San José, cuya reproducción publicamos adjunta.

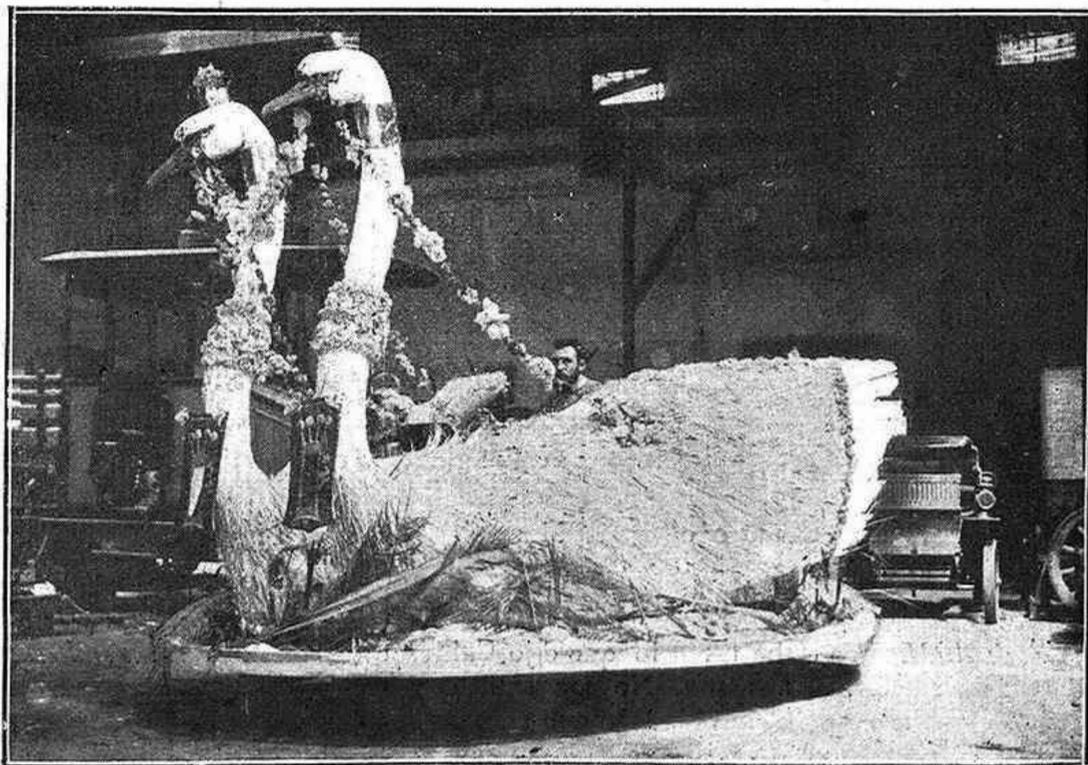
El público que no tiene por costumbre asistir á los mercados, pudo convencerse de que entre las vendedoras de los mismos hay mujeres hermosísimas. ¡Dios nos las conserve, y si es posible, nos las aumentel..

Cerró la serie de festejos un baile monstruo celebrado en el Frontón Condal donde se eligió

y fué proclamada la reina de los mercados, y de donde por poco no sale una cuestión de orden público, efecto de la aglomeración extraordinaria de gente que acudió á la fiesta como las moscas á la miel.

Mucho celebraremos que no desanimándose la sociedad iniciadora de estos festejos del mediano éxito obtenido este año, con tiempo y despacio organice otros para los sucesivos, que dejen á todos satisfechos.

(Fots. de Ramos y Cobos.)



CONCURSO DE AUTOMÓVILES ADORNADOS, PRIMER PREMIO

Epigramas

Cruces muestra la milicia
orgullosa, y con frecuencia,
consigue más la influencia
que el valor y la pericia.
Sin menester grandes luces,
todo buen entendedor
critica bastantes cruces
que son muestras sin valor.

Está el bueno de García,
que es médico consumado,
hace tiempo dedicado
á estudiar frenología.

Y en defensa de su idea
dice, que al ver fijamente
la cabeza de un cliente,
sabe del pie que cojea.

Por razones pecuniarias,
sé que preocupado estás,
y, para casarte, vas
á caza de millonarias.
Tanto el plan has propalado
que acaso alguna, impaciente,
te tache de indiferente
creyéndote interesado.

A uno que nada tenía
su mujer, bastante lerda,
para ligas le pedía,
y él, enfadado, decía:
—Tú estás loca; ¡ponte cuerda!

Admirando hermoso cuento
de escritor original,
alguien dijo:—¡Qué animal!
¡qué bárbaro! ¡qué talento!—

JOSÉ M.^a SOLÍS Y MONTORO



—Diga usted, portera, ¿vive en esta casa don Torcuato?

—Ahora se está mudando...

—¡Ah, conque se muda!...

—Sí, señor; de calcetines.

* *

—Señor doctor, ¿podéis decirme si saldrá de esta noche mi querida abuelita?

El doctor, con tono solemne:

—Modere usted su impaciencia, amable joven, y le contestaré mañana.

* *

Cierto juez preguntaba á un bandido:

—¿Cómo os habéis asociado á esos criminales para consumir tantos robos?

—Mire usía,—repuso el ladrón,—porque no quiso asociarse á mí ninguna persona honrada para el oficio.

* *

Cierto cura se querellaba ante sus feligreses del robo de varios vasos sagrados perpetrado en la iglesia, y decía:

—¿Quiénes serán los sacrílegos?

Un niño de corta edad, exclama:

—Yo lo sé, *pade cuda*.

—Ven acá, hijo mío, que tú debes estar inspirado por la Providencia, puesto que se digna poner la verdad en boca de un inocente. ¿Quién ha sido, querido mío?

—*Los ladones, pade, los ladones.*

CORRESPONDENCIA

Y. M.—Aprovecharemos los juegos de imaginación con que nos favorece.

V. A.—Se adivina á 15.000 leguas. Mande algo de más intrínquilis.

E. P. L.—Será usted servido.

F. de A. M.—Ya sabe usted lo que dijo Calderón de la Barca: los sueños, sueños son. No me extraña y por eso deduzco que tiene poca novedad lo que me cuenta en sus

versos titulados «Soñando». También resulta vulgarcita la poesía «En el templo».

L. Franco.—¡Bonita letra y bonito papel! ¡Y, bonito asunto el de su artículo para una pantomima ó una novela por entregas!...

Señorita R. F. y A.—La idea de sus versos es muy bonita y denota en usted un profundo sentimiento poético. ¡Lástima que la forma no corresponda! Combina usted las consonantes y asonantes de un modo irregular y sin una regla fija que disculpara esta irregularidad. Creo que limándolos un poco y condensándolos otro poco, serán publicables, en lo cual tendré mucho gusto, porque á galante, y sobre todo con las mujeres bonitas, nadie me gana.

R. L.—Será servido, señor López.

J. A. P.—Los versos son bonitos y tienen ingenio. Pero, amigo mío; el gato escaldado huye hasta del agua fría. Días pasados un ciudadano me colaba como suyos unos versos de López Marín y ayer recibí un soneto de Manuel del Palacio firmado por un caballero (dicho sea con perdón de los caballeros) ¿Qué hacer ante tal conflicto? ¡Si uno pudiera saberse de memoria todo lo que se ha escrito!... Creo recordar, señor don J. A. P., que Pérez Zúñiga tiene publicado algo por el estilo de lo de usted.. Y no se me ofenda como lo ha hecho don P. del R., á quien como literato no tengo el honor de conocer y se me ha molestado porque en una *Correspondencia* anterior, con buenas palabras le decía que sus versos eran buenos y que por lo mismo deseaba me comprobase su autenticidad.

Y ya que trato de este señor, le diré, contestando á su carta fecha 12:

Que lamento no conocer su popularidad é ignorar su renombre de literato.

Que todos los versos timados que recibo vienen acompañados de cartas tan correctas y amables como la suya.

Que todos esos hurtos poéticos llegan suscritos por firmas tan *indiscutibles* como la de usted.

Que supongo que todos esos niños que se apropian los versos ajenos contra la voluntad de sus dueños, tendrán tíos, digo yo, sin que eso sea obstáculo para la perpetración del delito.

Y por último, que su parrafada tercera me recuerda aquel cuento de Calínez, que escribía sin ortografía porque escribía con lápiz.

A. G.—Hay que fijarse un poquitín para escribir, *aunque* sean coplas de corte gitano.

Dice usted:

En los míos posa
su labios ya yertos
al morir, mi madre, y me deja en ellos
el último beso.

Y la verdad, me parece que son demasiadas asonantes *yertos, ellos y beso*, para que vayan en una misma estrofa. Y así... *ercétera!*

F. Giró, impresor. — Calle Valencia, 233, Barcelona.